

dificultades, y triunfantes en todas partes, avanzaban sobre el convento, del que creían apoderarse á muy poca costa, pues las pocas dificultades que habian tenido que vencer para llegar hasta allí, les hacia presumir que el ejército mexicano, todo entero, se replegaría hasta la capital. Debióles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la orden expresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que no estuviesen á una distancia muy corta. Hízose así, en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los Norte-Americanos, les obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos.

Nuñez y sus amigos, rodeando, y por caminos extraviados, habian vuelto al sitio del peligro, deseando perecer ó triunfar, y creyendo encontrar en él al intrépido Leopoldo, cuya falta habian notado.

Pero en vano le buscaron: el amante de Clotilde no estaba allí. . . .

Los invasores, aunque contenidos en su marcha por un instante, avanzaron de nuevo, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra, mas considerable, sobre el costado derecho. Trábase entonces un reñido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolongan por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos, los precisa á retroceder.

Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí, expuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado antes exclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

En competencia con este jóven se veía á

Núñez, Ricardo, Félix y Pablo, presentándose en los sitios donde mayor era el peligro y donde mil veces estuvieron á riesgo de perder la vida.

“Como acabamos de ver, la division norte-americana del general Twiggs, que habia dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente llegaban en su auxilio, no solo le proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero, aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situacion de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la division del general Worth, que avanza sobre las tropas, en retirada, de S. Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones em-

piezan á escasear, y se prevee el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

Para apreciar en todo su valor, la heroica defensa de Churubusco, preciso es decir que toda la fuerza que componia su guarnicion, se reducía á cosa de seiscientos cincuenta nacionales, mal armados, sin la instrucción necesaria, y sin las municiones indispensables para combatir.

¶ Pero el valor lo suplía todo, y aquel puñado de intrépidos mexicanos, entre los cuales figuraban los nombres del literato D. Manuel Gorostiza, el activo licenciado Revilla, Peñúñuri, Martinez de Castro, el general Anaya, el general Rincon, Núñez, Ricardo, Villamar y otros ciento, detuvieron y rechazaron por tres veces al ejército invasor, que jamás creyó encontrar resistencia tan tenaz y desesperada.

Viendo que las pocas municiones que aun quedaban, apenas bastarian para resistir algunos pocos momentos mas, el general Rincon envió á pedir, con un ayudan-

te, las que juzgó necesarias para hacer fructuosa la defensa. El general Santa-Anna, se apresuró entonces á enviarlas, custodiadas por unos piquetes de Tlapa y Lagos, y la compañía de S. Patricio.

Pero las balas de los cartuchos, resultaron de diez y nueve adarmes, para fusiles que no tenían este calibre: así es que la desesperacion de los soldados llegó á su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron y los cajones de municiones, y despedazándoles, llevaban los cartuchos al cañon que, desgraciadamente, era muy estrecho para contenerlos.

Algunos han creido poder hacer fuertes cargos al general Santa-Anna por esta fatal desgracia; pero, en mi concepto, no hay razon para ello. El general en jefe no hizo sino lo que debe hacer todo general en jefe, esto es, dió orden de que se enviasen las municiones necesarias, pero no podia ocuparse él mismo de cosas tan minuciosas como la de ir á revisar el calibre de las balas.

En los momentos mas empeñados de la lucha, y cuando su éxito, por la circunstancia expuesta, parecia próximo á decidirse en favor de los invasores, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del bota-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron las municiones, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitán Oleary que la servia, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, menos el general, quien á pesar de haber permanecido ciego por algun tiempo, no abandonó el campo de batalla.

A medida que la situacion de los mexicanos era mas comprometida, crecia el ardor y el entusiasmo.

Núñez, viendo abandonada una pieza por haber muerto todos los artilleros, la sirvió, ayudado de sus inseparables amigos.

Tres horas y media habia durado ya la accion, sin que los repetidos esfuerzos de los Norte-Americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de las tropas

mexicanas no decae: antes al contrario, á cada momento se sienten los soldados mas descosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya casi completamente agotadas.

El fuego, por esta causa, empieza á cesar por parte de los defensores, á proporcion que las municiones escasean mas y mas: acábanse, por fin, y de aquel convento, que arrojaba poco antes la muerte por todas partes, no sale entonces ni un solo tiro como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pié. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á qué atribuir, y temeroso de que sea alguna extratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Los mexicanos, por su parte, llenos de desesperacion, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas desconpuestas, y ardientes como el fuego vivo que habian despedido. Los generales Rincon y Anaya, agobiados tambien de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para

prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecia perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperacion, y su denuedo añadió nuevas víctimas á las que ya habia costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñúñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo, pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala le hiere de muerte. Tambien el patriota capitán de cazadores, D. Luis Martinez de Castro, recibia otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos.

Replegadas ya en el convento las fuerzas que obedecieron las órdenes de sus generales, esperaron resignadas la llegada de los enemigos, que por último se habian resuelto avanzar. El primero que se presentó

sobre el parapeto fué el capitán Smith, del 3.º de línea.

Nuñez, conociendo que caer prisionero era renunciar á la esperanza de salvar á Adela del poder de Willey, se resolvió á abrirse paso ó á morir intentándolo.

Dispuesto á ello, montó sobre su brioso corcel, comunicó su intento á Ricardo, Félix y Pablo, y de acuerdo con él los tres, se arrojaron con ímpetu sobre los que cerraban la retirada por la calzada de México.

Al inesperado choque, los norte-americanos se hicieron á un lado, y nuestros valientes se dirijian hácia México, en los instantes mismos en que sus compañeros de armas hacian una capitulación honrosa en Churubusco.

Con tanto denuedo se portaron los valientes batallones de Independencia y Bravos que defendieron el punto y el convento de Churubusco, que el general norte-americano, Twiggs, saludando afablemente á los generales y oficialidad mexicana, arengó á los invasores, ensalzando el valor digno de imitación que habian desplegado los

que, agotados todos los recursos de defensa, capitulaban.

Un momento despues, el pabellon de las estrellas flameaba en el convento de Churubusco, y los que tan heroicamente habian defendido aquel punto, eran tratados por los vencedores con las pruebas de aprecio, respeto y deferencia, debidos al valor y el amor á la patria.

Nuñez y sus compañeros, dejaron escapar una exclamacion de dolor y de desesperacion á la vista de la bandera enemiga, y una lágrima se asomó á sus ojos.

—¿Y Leopoldo? ¿Qué será de Leopoldo?

Exclamó Nuñez conmovido profundamente por las desgracias de aquel dia.

—Sin duda ha sucumbido.—Contestó Ricardo.—De lo contrario, le hubiéramos visto acudir al sitio del peligro.

—Como todos estábamos rodeados de soldados de caballería enemiga cuando salimos al encuentro del doctor—dijo D. Félix—no pude ver lo que á él le acontecia; pero, en mi concepto, debió caer prisionero, por ser el que mas atras se encontraba.

—¡Dichoso él si ha perecido—exclamó Nuñez—pues no ha tenido el dolor de presenciar las desgracias de la patria, y desdichada de la hermosa Clotilde, que cifra en él toda su felicidad!

—¡Oh! no demos entrada á la idea peor.

—Sí—añadió Nuñez;—Willey estaba sediento de la sangre de Leopoldo, como está de la mía, y mucho temo que haya conseguido verterla.

—Como temo que haya vertido la de D. Juan y la de Rafael en Cerro-Gordo:—dijo Pablo.

—¡Estará dispuesto—exclamó Nuñez—que ese hombre que nos arrebató á todos la dicha, llegue á acabar con la existencia de aquellos á quienes ha ofendido?

—¡Oh! no: su vida es la que va á terminar bajo el rudo peso de nuestras espadas;—dijo Ricardo;—y el primer golpe que ha de sufrir esta misma noche, es la desaparición de Adela, á quien debemos salvar mientras el enemigo está embriagado con el placer del triunfo.

—Sí; es verdad:—Exclamó Nuñez bri-

llando en sus ojos la alegría.—Pero ¿cómo dar con el sitio en que se halla la litera?

—Yo me encargo de eso.—Dijo Pablo;—el punto á donde debe dirigirse el convoy es, S. Angel; y yo parto para volver á dar á vdes. señas del sitio en que se halla la litera, y aun haré todo lo posible por hablar á la señorita Adela.

—¡Oh! eso seria para mí una felicidad imponderable.

—Pues casi estoy seguro de conseguirlo.

—¿Cómo?

—Yo tengo aquí mi plan.

—Bueno.

—De manera, que si su merced quiere escribirle con lápiz cuatro palabras, verá como consigo entregarle el papelito que su merced me dé.

—Sí, sí; en el instante.

Y Nuñez sacó su cartera, escribió en una hoja, arrancó luego ésta, y entregándosela á Pablo, le dijo:

—Haga vd. todo lo posible porque llegue este papel á sus manos, así como este lápiz, por si pudiere contestarme.

—Le prometo á su merced que todo lo recibirá.

—Bien:—exclamó Nuñez.—Parta vd. en el momento, y para que la noticia no se retrarde, nosotros tomaremos el mismo camino que vd. debe traer al volver.

—¿A qué hora?

—En cuanto la oscuridad haga que las partidas de invasores se retiren del campo.

—Corriente.

Y Pablo, seguro de no ser molestado, pues su trage de campesino le ponía á cubierto de toda sospecha para con los invasores, partió al galope con direccion á S. Angel.

Nuñez, Ricardo y Félix, torciendo por una vereda, se dirijian hácia un grupo de árboles para esperar allí, ocultos, hasta el anochecer, el instante en que se retirasen los Norte-Americanos y poder marchar hácia S. Angel.

La memoria de Leopoldo, cuya suerte ignoraban, preocupaba á aquellos leales amigos.

La tarde estaba envuelta en una media luz opaca y cenicienta.

El sol caminaba hácia occidente, triste y melancólico, como si participase de la desgracia de los valientes hijos de México.

Poco despues las sombras de la noche tendian su negro velo sobre la tierra, empapada en sangre.

Gruesos nubarrones empañaban la bóveda del cielo, y la luz del relámpago anunciaba un próximo aguacero.

Nuñez y sus amigos, preocupados con la memoria de Leopoldo y con la idea de salvar á Adela, esperaban hácia mucho tiempo en el grupo de árboles á que se habian dirijido, el momento en que no recorriese el campo ninguna partida de invasores.

De repente, los gruesos nubarrones que encapotaban el cielo, dejaron caer de su centro un recio y espantoso aguacero, que amenazaba una inundacion.

Entonces todo quedó solitario.

Nuñez, Ricardo y Félix, al notar que el enemigo se habia alejado, se pusieron en marcha.

Los desgraciados heridos, abandonados en el campo de batalla, sin poderse mover y sin mirar á su derredor ni una humilde choza á donde poder acercarse arrastrándose, esperaban la muerte en medio de la mas terrible desesperacion.

¿Y Leopoldo?

Leopoldo tambien se encontraba herido, sin auxilio humano, tendido dentro de una zanja, sin poder incorporarse, porque el cuerpo de su caballo, que habia caido sobre él, le impedia todo movimiento.

La sangre manaba en abundancia de su cabeza, herida por un sablazo.

Solo, sin escuchar otra voz que la desgarradora de los míseros moribundos, ignorando la suerte de Nuñez y de sus amigos, pensando en su adorada Clotilde, á quien debia unirse dentro de breves dias, sin esperanza de que álguien acudiese en su auxilio, sintiendo correr por debajo de su desfallecido cuerpo el agua que á torrentes descendia del cielo, Leopoldo esperaba el último instante de su vida, triste y conmovido.

La memoria de su anciana madre, á quien contemplaba llorosa y afligida por su suerte, aumentaba la amargura de su angustiado corazon.

La sangre que manaba de su profunda herida, iba debilitando poco á poco su naturaleza; su vista se nublaba por grados, como velada por la sombra de la muerte, y sus miembros desfallecian.

Así habian trascurrido muchas horas.

De repente se escuchó el galope de un caballo, que se aproximaba por el camino.

Leopoldo concibió una esperanza de ser socorrido, y aguardó impaciente á que estuviese cerca.

A poco el corcel, montado por un hombre sin insignia ninguna militar, y vestido al estilo de la gente del campo, llegó á la orilla de la zanja en que él se hallaba.

El jóven artista quiso gritar pidiendo socorro; pero la voz fué á espirar en sus blancos labios, débil y sin ser oida.

El ginete pasó con direccion á México sin escuchar su acento.

Leopoldo miró desvanecerse aquella rá

pida esperanza.... sintió que sus ojos se cerraban.... exhaló un suspiro, y pronunciando con moribunda voz los nombres de Clotilde y de su amante madre... de aquellos dos seres que eran todo su amor y todas sus delicias.... de aquellos dos seres que no podrian sobrevivir á su muerte, pidió á Dios interiormente por ellos, dejó escapar una exclamacion de dolor, y quedó sin sentido.

El viento que se azotaba contra las hojas de los árboles, contestó á aquel desgarrador acento, y todo quedó despues en sepulcral silencio.

CAPITULO XXXII.

Nadar, nadar y en la orilla ahogar.

El ginete que vimos pasar corriendo sin haber oido la moribunda voz del desgraciado Leopoldo, volvió á pasar una hora despues, y con la misma velocidad, por el mismo camino que habia andado.

Iba inquieto y lleno de afan.

En su semblante bronceado, pero que revelaba honradez y benevolencia, estaban pintados el cuidado y la ansiedad.

Gruesas gotas de sudor corrian de su arrugada frente.

—No los encuentro... ¿Qué vereda habrán tomado?